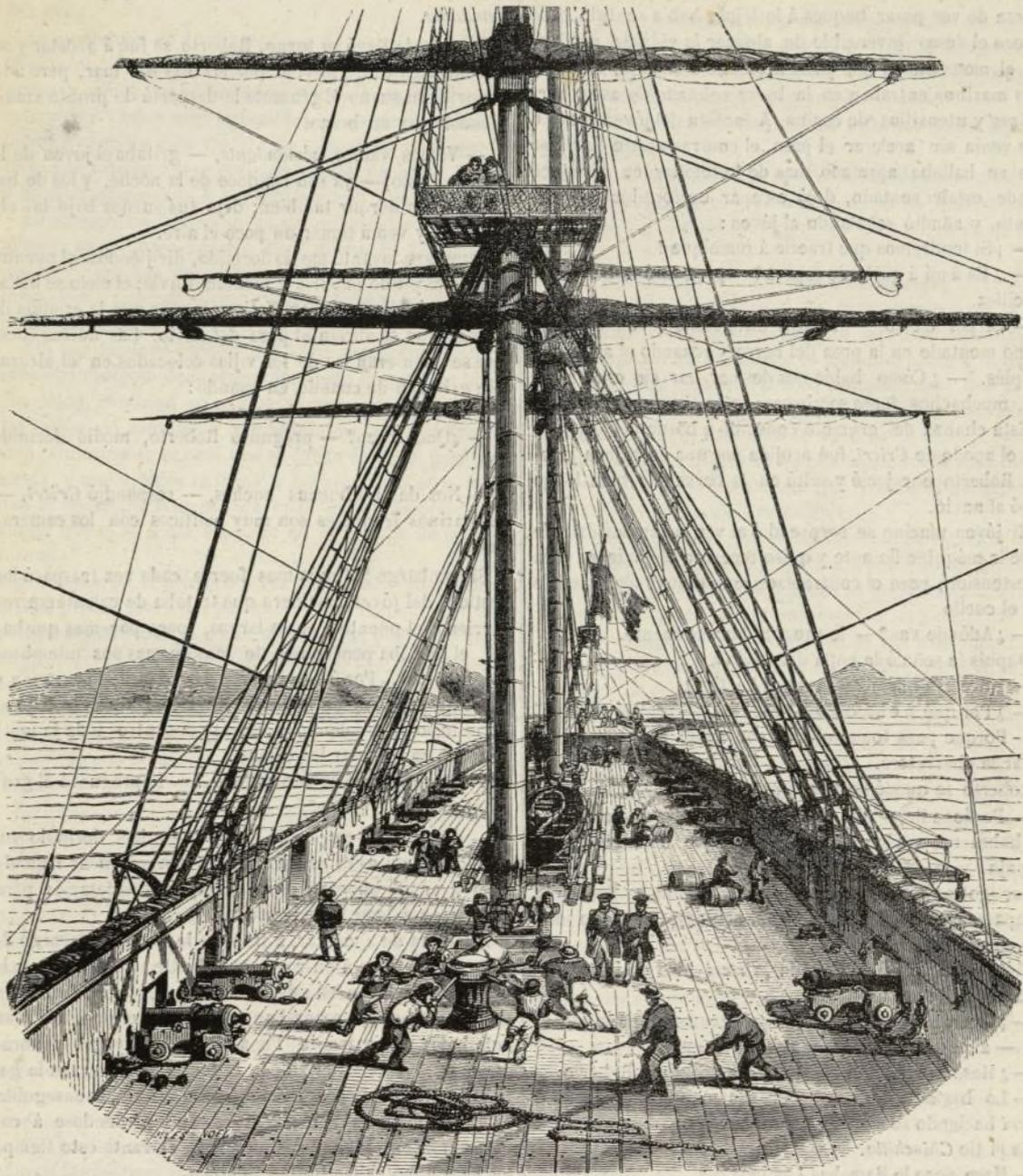


LA VIDA DEL MARINERO.



Proa de un navío de guerra.

La salida de un buque de guerra es un gran acontecimiento para toda la población del puerto. Además de los afectos de familia y de los intereses que se ponen en movimiento, hasta en los indiferentes se despierta una cierta curiosidad y agitación. Todo el mundo toma parte á pesar suyo en la animación de esos atrevidos marineros que se embarcan cantando para arrostrar toda clase de peligros; despiertase el ardor al aspecto de su valerosa frescura, se exaltan los ánimos, se sienten latir los corazones y se asocian todos á las despedidas y deseos de feliz viaje que les dirigen los parientes y amigos. Hombres, mujeres y niños, todo el mundo suspende involuntariamente sus quehaceres para asistir á esa última entrevista y para oír el último ¡hurra! de esa valerosa raza. ¿Qué será de esos marinos

que van á esponerse á todos los peligros de la mar? ¿Cuántos de esos hombres que cantan y rien volverán á ver su país? Solo Dios lo sabe. La vida del marino es una lotería cuyos mejores números dan el canfancio y los padecimientos, y todos los demas la muerte.

Pero asimismo ¡qué campo tan inmenso se presenta á la energía humana! ¡cuántos obstáculos que vencer, y cuántos recursos que desplegar! El hombre de tierra necesita buscar las sensaciones, mientras que el hombre de mar las encuentra á cada paso, y bajo mil formas diferentes; su vida se parece á esas olas que le llevan, siempre espumosas y siempre en movimiento!

Sumido en estas reflexiones, Roberto Dupuis se dirijia á la *Rosa*, donde le esperaba la embarcación que debía

transportarle á bordo del navío el *Tonante*; Roberto Dupuis era un jóven pescador de la bahía de Audierne que, á fuerza de ver pasar buques á lo léjos, habia sentido poco á poco el deseo invencible de abrazar la vida de marino. En el momento en que ya se acercaba á la *Rosa*, los últimos marinos entraban en la barca colmada de aves, hortalizas y utensilios de cocina. A la vista del jóven marino que venia sin acelerar el paso, el contra maestre Lartigot que se hallaba apretado más de lo regular en el banco donde estaba sentado, dejó escapar un formidable juramento, y añadió señalando al jóven:

— ¡ Si tendremos que traerle á remolque !

— ¿ Es á mí á quién se espera ? — preguntó Roberto con sencillez.

— Sí por cierto, — repuso un grumete con cara de mono montado en la proa del barco y rozando el agua con los piés. — ¿ Cómo habíamos de marchar sin esperaros ? Ola, muchachos, fuera sombreros, *viva el comandante* !

Esta chanza del grumete conocido á bordo del *Tonante* con el apodo de *Cricri*, fué acogida por una carcajada general. Roberto enrojeció y saltó en la barca que bien luego llegó al navío.

El jóven marino se sorprendió al ver la inmensidad de aquella máquina flotante y quiso recorrer el navío en toda su estension, pero el contra maestre le detuvo agarrándole por el cuello.

— ¿ Adónde vas ? — le preguntó bruscamente.

Dupuis le señaló la popa del navío.

— ¿ Eres ya oficial ? — repuso Lartigot.

— ¿ Por qué me haceis esa pregunta ? — replicó el jóven.

— Porque para tomar el aire por aquel lado es preciso llevar la charretera.

Roberto se quedó como estupefacto.

— Perdonadle, — dijo *Cricri*, — probablemente el amigo no habrá navegado en su vida mas que en algun carro de paja.

Lartigot no respondió, pero las arrugas de su fisonomía desaparecieron algun tanto, señal evidente de que se sonreía en su interior.

Cuando se volvió de espaldas, *Cricri* hizo un jesto procurando imitar su fisonomía.

— ¡ Camastron ! — murmuró el grumete guiñando el ojo, — ahora ríe, por lo que rabiará despues.

— ¿ Has navegado ya con él ? — le preguntó Roberto.

— Lo bastante para conocer sus mañas, — respondió *Cricri* haciendo ademán de dar un latigazo, — no me gusta nada el tío *Chinchilla*.

— Hace poco le llamabas Lartigot.

— Si, es el nombre de sus padres, pero á bordo le damos el otro, porque una vez compró seis pieles de gato en Astrakan que regaló á su hija por pieles de *Chinchilla*. Pero ten cuidado con recordárselo cuando está malo de los nervios, porque podría contestarte con la garceta.

El bote del comandante acababa de llegar; al momento se dieron las órdenes de aparejar, se izaron las velas y el navío hendiendo las olas se puso en marcha lentamente, á eso del anochecer.

Gracias al órden establecido en los buques de guerra, cada marinero del *Tonante* conocia ya su puesto y sus funciones en la maniobra general.

La tripulacion se hallaba dividida en dos secciones, la de estribor y la de babor, cada una de las cuales vijilaba en el puente por espacio de seis horas, es decir la cuarta parte del día y de la noche.

Roberto se hallaba en la de estribor con *Cricri* que se regocijaba irónicamente de hallarse en compañía del comandante.

Cuando le llegó su turno, Roberto se fué á acostar y se durmió bien luego mecido por las olas del mar, pero á lo mejor de su sueño el grumete le despertó de pronto sacudiéndole por un brazo.

— Vamos, vamos, *comandante*, — gritaba el jóven de la cara de mono; — ya son las doce de la noche, y los de babor quieren dormir tambien; deja tus sueños bajo la almohada, y ven á tomar un poco el aire.

Dupuis se levantó medio dormido, dirigiéndose al puente. Estaba cayendo una fria y menuda lluvia; el cielo se hallaba sin estrellas y no se distinguia mas que la espuma de las olas que se abrian al paso del navío. Las únicas voces que se oían eran las de los vijías colocados en el alcazar que gritaban de cuando en cuando:

— *Nada de nuevo en la serviola.*

— ¿ Qué dicen ? — preguntó Roberto, medio dormido aun.

— Nos dan las buenas noches, — respondió *Cricri*, — los marinos franceses son muy políticos con los camaradas.

Sin embargo la lluvia mas fuerte cada vez traspasó los vestidos del jóven marinero que trataba de calentarse recorriendo el puente á pasos largos, pero por mas que hacía, el frio iba penetrando de mas en mas sus miembros entorpecidos. Por último dieron las seis de la mañana y presentáronse los de babor á relevarlos; Roberto bajó al dormitorio para calentarse, pero se encontró toda la jante ocupada en levantar las camas.

— ¿ Pero qué no se duerme mas ? — le preguntó al grumete.

— ¡ Dormir ! — respondió este, — ya has dormido tus seis horas; esa es tu racion. Ahora vamos á tocar llamada para lavar el puente y demas limpiezas necesarias para que no nos salgan los sabañones.

A la hora de almorzar, á Dupuis le tocó el encargo de bajar á la bodega á buscar aguadiente, y cuando volvió se encontró ya con los seis hombres que, con él, formaban una *tanda* y que le esperaban sentados en el puente. A su lado habia una marmita llena de un café negro y abrasando. *Cricri*, como criado de la *tanda*, machacaba la galleta, que despues de molida echó en el café, y enseguida cada uno tomó su cuchara de estaño poniéndose á comer por órden y sin precipitacion. Durante este tiempo los jefes almorzaban juntos tambien.

Los aspirantes y oficiales almorzaban despues en piezas separadas; y el comandante se mandaba poner la mesa en su alojamiento á popa del navío.

Concluido el desayuno, principiaron las faenas de la limpieza; Roberto ejecutaba lo que se le mandaba con un celo que á veces no bastaba á ocultar su inesperancia, por la cual *Cricri* le prodigaba sus continuas burlas y que le valia tambien las serias reconvecciones de *Chinchilla*, quien, en su calidad de contra maestre observaba minuciosamente todo lo que se hacia y estaba á caza del mas pequeño olvido, encontrando siempre algun medio de evitar su aprobacion; así es que su silencio era el mayor elogio á que podia aspirar la tripulacion. Por lo demas, *Chinchilla*, tan severo para consigo mismo como era para con los demas, y siempre alerta en el peligro, personificaba una de esas naturalezas estóicas que consagran su vida entera al cumpli-

miento del deber, mas allá de lo cual no ven ni comprenden nada.

La austeridad de Lartigot, lejos de desanimar á Roberto le infundió una jentrosa ambicion, en cuya virtud se propuso cansar sus exigencias y obligarle á que le cobrara estimacion ya que eran imposibles las alabanzas. Alma ardiente y sencilla á la vez aceptó tales como eran las escabrosidades de su nueva posición y trató de hacer frente á ellas sin fanfarronada y sin abatirse.

La navegacion favorecida en un principio por el cielo y el mar, no tardó en hacerse mas difícil. El *Tonante* tuvo que sufrir muchas ventoleras que le separaron de su camino, hasta que por último pasó la línea y dobló el cabo de Buena Esperanza.

Allí fué donde el capitán abrió los despachos donde se señalaba el objeto de la expedicion; pero despues de haberlos leído, continuó su camino atravesando los mares de las Indias sin comunicar la mas mínima cosa á la tripulacion. Unicamente se notó que se daban órdenes para estar alerta, y que á veces se llamó á las armas sin otro objeto que el de asegurarse si cada cual tenia bien presente el puesto que se le tenia señalado en el caso de un combate formal.

Sin embargo, á primera vista nada podia justificar tantas precauciones. La paz no se habia turbado entre las potencias maritimas, y segun se dijo en el puerto, el navio no tenia otra mision que la de relevar á uno de los buques anclados en el mar de las Indias. Por eso todo el mundo se perdía en conjeturas, en tanto que el *Tonante* continuaba rápidamente su camino hácia su misterioso fin, hasta que de repente el viento se echó sucediéndole una calma completa.

Esta situacion inesperada se prolongó por espacio de muchos dias. El navio engalanado con todo su velamen que parecia llamar la brisa, apenas estaba ajitado con un balanceo casi imperceptible. La tripulacion abatida por el calor estaba tendida sobre el puente en diferentes grupos buscando la sombra de la chalupa y de los palos. Roberto y otros dos marineros sentados cerca del baupres miraban la superficie del mar tersa é inmóvil como las aguas de un estanque, mientras *Cricri* se hallaba tendido á sus piés vencido por aquella atmósfera hasta el punto de haber perdido el uso de la palabra. Lartigot estaba solo en pié á algunos pasos de distancia apoyado de espaldas en una coronada y con los ojos fijos en el horizonte.

Al cabo de un largo rato de silencio Ferrou el mas anciano de los marineros, mudo se despertó de su letargo y se puso á respirar el aire con gran ruido.

— El diablo me lleve si el despensero que está allá arriba no nos roba nuestra racion de aire, — dijo con pesadez, — estoy como si tuviera plomo en los pulmones.

— El teniente ha dicho que no podrá durar mucho tiempo la calma, — contestó Roberto, — y que esta tarde ó mañana se levantará la brisa.

— Ya está fresco, — repuso Ferrou. — Mira, mira esa pícara mar, y dime si no parece un barril de aceite para luces. No es la primera vez que me sucede, y te aseguro que podemos estar aquí hasta sabe Dios cuando.

— Sin otra distraccion que la de las cucarachas, — añadió *Cricri*, — cuya venida á bordo, tengo el gusto de anunciaros.

— ¿Las has visto ya? — preguntaron ambos marineros con aire de asombro.

— Mas todavia, las he sentido, — contestó el grumete.

— ¿Cómo?

— Esta noche en la cama me he despertado con un hormiguelo que iba y venia desde las rodillas hasta la cara, y echando la mano he palpado una de esas señoras que habia tomado mi cuerpo por un paseo público.

— Sin embargo, hemos podido evitarlas hasta aquí, — repuso Roberto.

— Ha sido porque han estado *mamando* hasta ahora, — contestó el grumete, — pero el calor las ha desarrollado y en el día se encuentran hasta en los cajones de la baterías.

Los dos marineros soltaron una exclamacion de asco y de disgusto. Entre la multitud de contratiempos de la vida marítima, las cucarachas ocupan incontestablemente el primer rango. No solamente es menester sufrir á todas horas y en todas partes, su infecto contacto, sino que se encuentran en los alimentos y en las bebidas. Esa raza innumerable é indestructible se apodera de todos los rincones del buque; penetra en los colchones, roe la ropa blanca y agujerea los vestidos hasta que reduce el guarda-ropa mas elegante á un monton de harapos.

No que la otro recurso para libertarse de las cucarachas que la aparicion de otra plaga tan terrible como la primera, que son las hormigas. Apenas se presentan declaran á las cucarachas una guerra encarnizada; se precipitan á su encuentro, separan á las ménos listas del resto del batallon, las persiguen hasta mas no poder; las fatigan, las ahogan y no se separan de ellas hasta dejarlas hechas pedazos. Pero si, á fuerza de combates y asesinatos, logran disminuir el número de sus enemigos, no tardan tambien en ocupar su puesto, con lo cual sucede que no se hace mas que cambiar de enemigo; las camas y los vestidos se resienten bien luego de su presencia, y en cuanto á los alimentos tampoco se ha hecho mas que variar de sazonado; ántes todo se comía y bebía con cucarachas, y despues todo se come y se bebe con hormigas.

Los marineros que conocian lo que es esta doble plaga, se pusieron á deplorar su invasion amargamente. *Cricri* para borrar algun tanto la impresion de esta noticia, se puso á dar pormenores circunstanciados sobre la despensa de los oficiales que no habian podido renovar sus provisiones en el Cabo, donde el comandante no habia querido parar, y que se hallaban amenazados de verse bien luego reducidos como todo el resto de la tripulacion, á los vivieres de la despensa comun.

Los marinos escuchaban estos pormenores domésticos con cierto interes, cuando los ojos de Roberto se detuvieron en el contra maestre que de piés en el parapeto examinaba atentamente la mar.

— ¿Qué diablo está mirando Lartigot! — preguntó el jóven marino dirigiéndose á sus compañeros.

— Habrá visto en el horizonte una paletina de *Chinchilla* para su hija, la señorita Aglaé, — repuso *Cricri* á media voz.

— Mirad como se inclina á ver el mar.

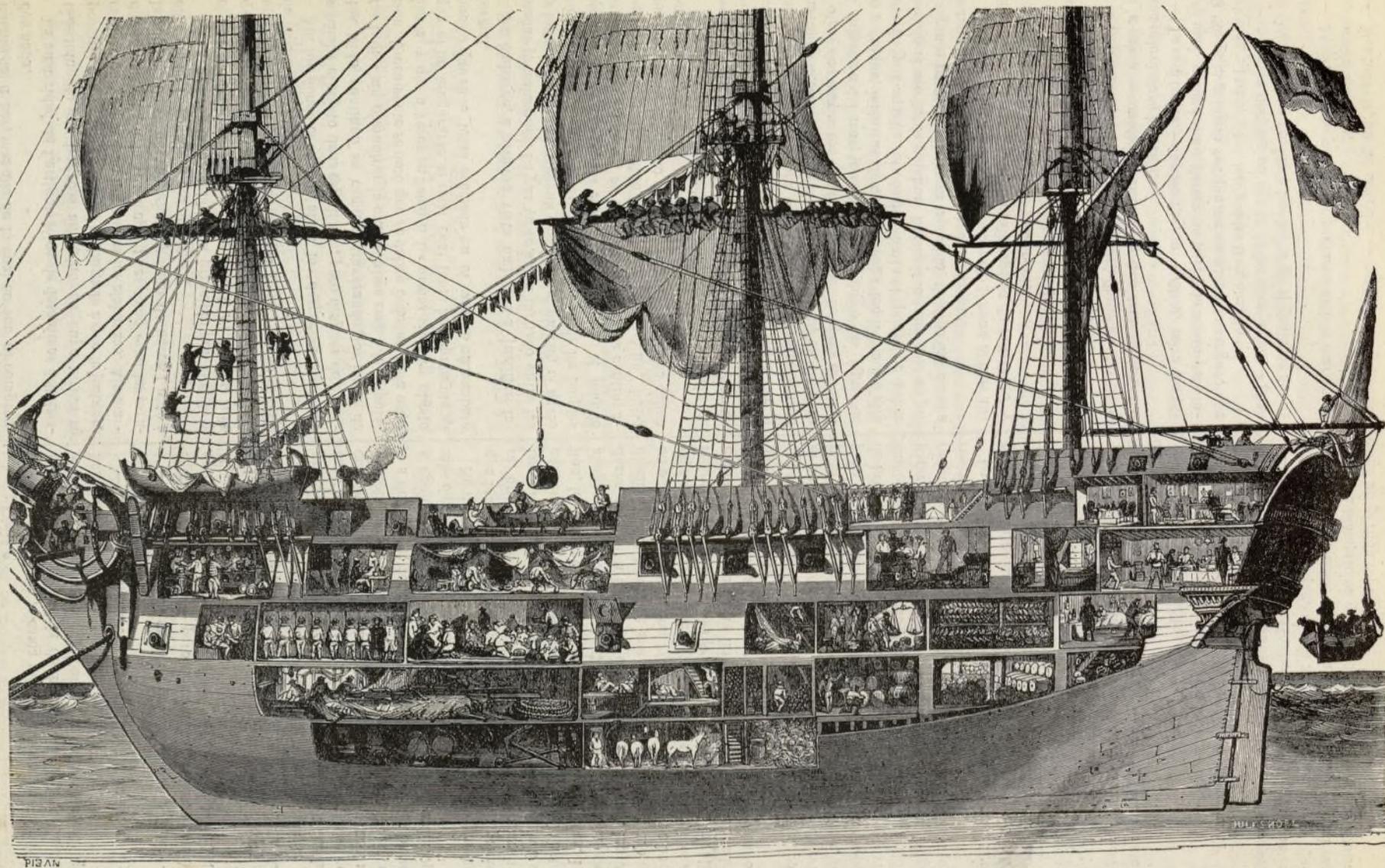
— Y como levanta los ojos hácia los juanetes.

— Pero tiene razon; la vela ha dado una vuelta.

— En efecto, es verdad.

— Y ahora se vuelve de nuevo... ¿qué quiere decir eso?

— Miedo me da el adivinarlo, — contestó Ferrou que se habia levantado y que, con la mano puesta sobre sus ojos á modo de pantalla, estudiaba el horizonte. — Mirad esa nubecilla blanquecina que se desliza á lo lejos sobre las olas como un pérfido reptil...



CORTE DE UN NAVIO.

Las indicaciones siguientes corresponden á los diferentes pormenores del grabado, por medio de las distancias que conservan entre sí. Bajando ó subiendo línea por línea, se verá fácilmente, por cada uno de esos títulos, la parte del navío ó la escena que tiene por objeto explicar.

Marineros que acaban de cargar una vela.

Marineros tomando rizados.

Marineros poniendo á secar las velas.

Grumete izando los banderines de señales.

Marineros pintando.

Marineros bajando un tonel de agua.

Visita del cirujano.

Comedor.—Cuarto del comandante.

Cocina.

Cuarto de los guardias marinas.

Zafarrancho.

Ejercicio de cañon.

Cuarto de los oficiales.

Salon de los oficiales.

Cura de un herido.

Ejercicio de fusil.

Comida de los marineros.

Compostura de velas.

Carnes y cecinas.

Almacen de pan y galleta.

Enfermeria.

Marineros echando un bote á la mar.

Depósito de velas y jarcias.

Cárcel.

Marinero encadenado.

Depósito de balas.

Dispensa.

Polvorin.

Depósito de poleas.

Depósito jeneral.

Caballos en la sentina.

Depósito de cebada y paja.

— Eso será un chubasco, — dijo Roberto.

— Ojalá no sea un poquito mas, — añadió Ferrou, — no me gustan mucho los chubascos en tiempo de calma.

Ferrou no tuvo tiempo de decir mas. Lartigot se dirigió al oficial de servicio, y en un instante los silbidos de los contra maestres pusieron en pié á todos los marineros.

Las órdenes se ejecutaron con la presteza y exactitud que emplea en la maniobra una tripulación experimentada; el navio se encontró de repente sin vela ninguna y casi al mismo tiempo estalló la tempestad doblgando el buque sobre las olas como un alazan vencido por el choque de un enemigo.

El mar tan inmóvil hacia un instante se habia súbitamente enfurecido: las olas ribeteadas de espuma despedían un ruido amenazador; los estampidos del trueno, los silbidos del viento, mil zumbidos embravecidos y confusos rodeaban el navio y ahogaban las voces de mando, y la arboladura se doblgaba jimiendo á impulsos de la tempestad.

Cada marino que trabajaba en la maniobra se esforzaba por resistir á las terribles olas que barrían el puente; por espacio de cerca de una hora el navio continuó su impetuosa carrera perseguido por el huracan como uno de aquellos monstruos gigantescos arrojados á las playas del oceano por los dioses marinos de la antigüedad.

Roberto con el brazo atado convulsivamente al estay de un obenque, acababa de alargar la otra mano para cojer al grumete *Cricri* arrojado por una ola. *Cricri* se agarró á la cuerda de un cazonete que se encontraba cerca se volvió y reconoció al jóven marinero.

— Ya estas viendo un baile á toda orquesta, *Comandante!* — exclamó con su alegría burlona que nunca le abandonaba; — por fortuna *Chinchilla* no se duerme y pelea valerosamente contra ese pícaro oceano que como e ya bien desde hace mucho tiempo.

— Me parece que disminuye algo el viento.

— El horizonte se despeja un poco.

— Entonces podemos dar el chubasco por concluido.

— Y la prueba es que ya empieza á oirse el silbato de los contra maestres... buenos remiendos tendremos que echar á los vestidos del *Tonante*.

Roberto soltó el estay á que estaba asido para obedecer los silbidos de mando, y corrió hácia el palo mayor buscando un punto de apoyo para las maniobras. *Cricri* quiso seguirle; pero en el momento que se lanzaba hácia él, entró en el puente una grande ola que, barriéndole en toda su anchura, se llevó al grumete por encima del borde del navio.

Roberto lanzó un grito.

— ¡Un hombre al agua! ¡un hombre al agua! — repitieron de distancia en distancia todas las voces.

Al oír estas lúgubres palabras, todos los silbatos callaron.

— ¡Al paio! — gritó el oficial.

Toda la tripulación se habia precipitado hácia los parapetos, y se echaron las boyas en el surco del navio que, obedeciendo al timon, principiaba á describir una curba para ponerse atravesado.

— ¡Al agua el bote de salvamento! — repitió la misma voz del oficial.

La órden fué ejecutada con la prontitud y atrevimiento que solo la fraternidad de la vida marítima pueden inspirar al hombre. Roberto se precipitó uno de los primeros en

la embarcacion, la cual se desprendió bien luego del *Tonante*, alejándose llevada por las olas.

Aunque la tempestad pasó tan rápidamente como vino, sin embargo el mar habia conservado su agitacion y sus olas se elevaban aun hasta las cofas del navio. El bote subia y bajaba alternativamente á la sima y al fondo de las olas: los gritos y señales de los marineros le seguían de léjos; cada cual trataba de indicarle la direccion de las boyas que se veían flotar por instantes en las crestas de las olas. Por fin se descubrió un punto negro en una de las boyas; el bote lo divisó, se dirije á él, y un grito jeneral resuena en todo el navio:

— ¡El es! ¡ya está salvado!

Un cuarto de hora despues el bote estaba ya en su lugar, y *Cricri* caía en medio de sus compañeros regocijados en la actitud de un perro que sale del rio.

— No ha sido nada; un bañito hasta las orejas, — dijo haciendo un jesto.

— Y del cual no sé como hubieras salido sin Roberto, — añadió Ferrou, — porque él es quien te ha reconocido.

— Eso prueba que el *comandante* tiene buen olfato, — añadió *Cricri*, — pero no le hace; ese es un servicio de los que no se olvidan.

El *Tonante* enarbó en seguida su velamen para seguir su marcha.

Pasáronse muchos dias sin ocurrir accidente ninguno. Unicamente se notaba que cuanto mas se iba entrando en los mares de la India, tanto mas se redoblaban las precauciones; dos ó tres veces el comandante habia mandado cambiar de direccion al navio, como buscando algo que no encontraba; y ya principiaban á circular entre los marineros rumores de guerra, sin poderse saber de donde provenían. Suponíase que se habia enviado al *Tonante* para reforzar la guarnicion de las Indias, y que los despachos abiertos á la altura del cabo de Buera Esperanza le ordenaban el perseguir á todos los ingleses que encontrara por el camino, quemar sus buques de comercio y pelear contra sus buques de guerra.

Un dia que la tripulación se estaba sentando á comer se echó de ménos en la tanda de Roberto al grumete *Cricri*; Ferrou, á quien no le gustaba esperar en la mesa, exclamó:

— ¿Dónde diablos está ese pilluelo de *Cricri*?

— Aquí, aquí, — dijo el grumete entrando apresuradamente, — despacháos á comer, camaradas, en atencion á que podríais tener algo que hacer dentro de poco.

— ¿Has oido alguna cosa? — preguntó Roberto.

— No, he visto, y por eso he tardado.

— ¿Qué es lo que hay?

— Un buque que se acerca.

— ¡Un buque! — repitieron los marineros.

— ¡Silencio! — interrumpió el grumete; — el comandante que está en el puente me ha prohibido hablar. — En todo caso, — dijo al teniente, es preciso que coma la tripulación... Por esto no será malo que os deis prisa.

Inútil de todo punto era la recomendacion; los marineros concluyeron en un instante; levantaron apresuradamente las mesas y los bancos y cuando se oyó el grito de *arriba todos*, los marineros se arrojaron sobre el puente donde se hallaban ya reunidos el comandante y los oficiales.

El primero examinaba con su anteojo de larga vista una vela lejana todavia, pero que se iba acercando insensiblemente y en la cual se fijaron todos los ojos á un mismo tiempo.

— ¿Si será un buque de la compañía? — dijeron varias voces á la vez.

— Lleva demasiadas velas para un buque de comercio, — contestó Ferrou.

— Tal vez será una fragata de las de la estación, — repuso Roberto.

— ¡Es un navio! — dijo Lartigot con el anteojo fijo en el horizonte.

Un cierto murmullo circuló entre los marineros al oír las palabras del contra maestre.

— ¡Inglés ó frances? — preguntaron todos.

— Ahora lo vamos á saber, — exclamó el capitán, — y si es inglés, veremos si su pabellon es mas fuerte que el nuestro.

Un hurra! de alegría lanzado por toda la tripulacion acojió las palabras del capitán.

— Cada cual á su puesto, — repuso el comandante, — y disponerse al combate.

Y al decir esto los tambores tocan jenerala; oficiales y soldados se precipitan á los lugares que se les tienen señalados; se quitan los tabiques que separan las piezas y las baterías, se suben á cubierta las bombas de apagar fuegos, y se hace bajar á los enfermos á la sentina. Los artilleros se acercan á sus piezas, y los hombres de la maniobra se arman con sus fusiles: por último apenas habian trascurrido diez minutos cuando un redoble de tambor anuncia que todo está dispuesto.

Entónces sucede un silencio lleno de curiosidad y de emocion. El buque que se descubria en el horizonte sigue adelantándose; ya pueden verse claramente sus tres hileras de cañones que dominan las olas; es un navio de la misma fuerza que el *Tonante*, y que como él, ha hecho ya sus preparativos. Unicamente los franceses tienen en su favor el viento que les permite el aceptar ó nó la batalla, pero la intención no puede ser dudosa; el *Tonante* corre al encuentro del navio desconocido aun, porque amigo ó enemigo quiere verle de cerca para enviarle una provocacion ó un saludo.

El buque frances iza su pabellon descargando un cañonazo é invitando al otro navio á hacer lo mismo... Hay un momento de incertidumbre... por último una bandera se desliza á lo largo de la driza, se despliega y brillan los colores azul y rojo de la Inglaterra.

El comandante frances se baja hácia la bocina mayor que comunica con las baterías y grita:

— ¡Apunten... primera batería, fuego!...

Apénas ha acabado de pronunciar estas palabras, cuando llega á bordo la descarga enemiga, penetrando en los bordajes, cortando la maniobra y desbaratando los pelotones del puente y de las baterías, pero ese primer desórden no escita la menor sorpresa, el ardor patriótico se despierta, ya no se ve mas que la sangre, ya no se oyen mas gritos, ni se piensa sino en el pabellon símbolo del honor nacional que flota en el palo mayor, y por eso las descargas suceden y se responden sin interrupcion. Los carpinteros colgados en sus asientos portátiles por fuera del navio, cierran con presteza los agujeros de las balas enemigas: una nube de humo circunda á ambos navios que no se distinguen ya mas que al resplandor de los cañonazos.

Sin embargo se van acercando mas y mas; los tiros son mas terribles cada vez, y los marineros no bastan ya para la maniobra; se oye un redoble de tambores; de cada pieza sale un artillero y corre al puente armado de un fu-

sil, y entre tanto los gabieros de las cofas disparan sin cesar. El navio francés que busca el abordaje, consigue acercarse lo bastante al navio enemigo; se arrojan los arpeos, se atan las vergas una á otra y resuenan los clarines. Dos artilleros mas salen de cada batería para unirse á los hombres de la maniobra. Los gabieros ingleses y franceses se lanzan unos hácia otros por las jarcias, se persiguen en el aire y pelan suspendidos sobre el abismo: no es una batalla al mismo nivel como en el campo, sino una batalla en escalera, donde los combatientes se sobreponen unos á otros.

Roberto guiado por el aspirante que manda los gabieros, habia seguido á sus camaradas á la cofa enemiga entrando en ella el primero, pero no hizo mas que atravesarla, por decirlo así, porque agarrándose á un cable, se deslizó con su puñal entre los dientes hasta el puente del navio inglés.

Ahora bien, en tanto que la mayor parte de los pelotones de abordaje combatian á popa, Lartigot habia invadido la proa con una compañía escogida, pero los marineros enemigos que acababan de cargar sus baterías le habian roto de repente y casi todos los hombres que mandaba habian sido muertos en su derredor. Apoyado en el palo mayor Lartigot continuaba combatiendo casi solo, cuando Roberto y algunos de los gabieros que le seguian cayeron en medio de la lucha é hicieron retroceder al enemigo. Lartigot al verlos exclamó:

— Adelante el peloton de abordaje...

Pero no pudo decir mas; su sangre corria por diez heridas; doblégose sobre sí mismo y cayó.

— ¡Adelante! — repitieron los gabieros que combatian mas allá.

Pero en aquel instante se oyó la campana del navio inglés tocando á vuelo: nuevos enemigos se presentan á la entrada de las escotillas con un saco de cuero en la mano... el fuego se declara á bordo!...

Los oficiales franceses que viven aun, dan la órden de retirada; Roberto va ya á saltar al *Tonante* cuando se encuentran sus ojos con Lartigot revolcándose en su propia sangre: al instante corre á él, le levanta en sus brazos, quiere llevárselo, cae y se levanta dos veces seguidas, reúne todo su vigor en un esfuerzo postrero y llega á los parapetos del *Tonante*.

Una voz chillona pronuncia su nombre, y *Crieri* se presenta ennegrecido por la pólvora.

— ¿Estás herido comandante? — pregunta el grumete precipitadamente

— No, — dijo Roberto, — pero ten cuidado de Lartigot.

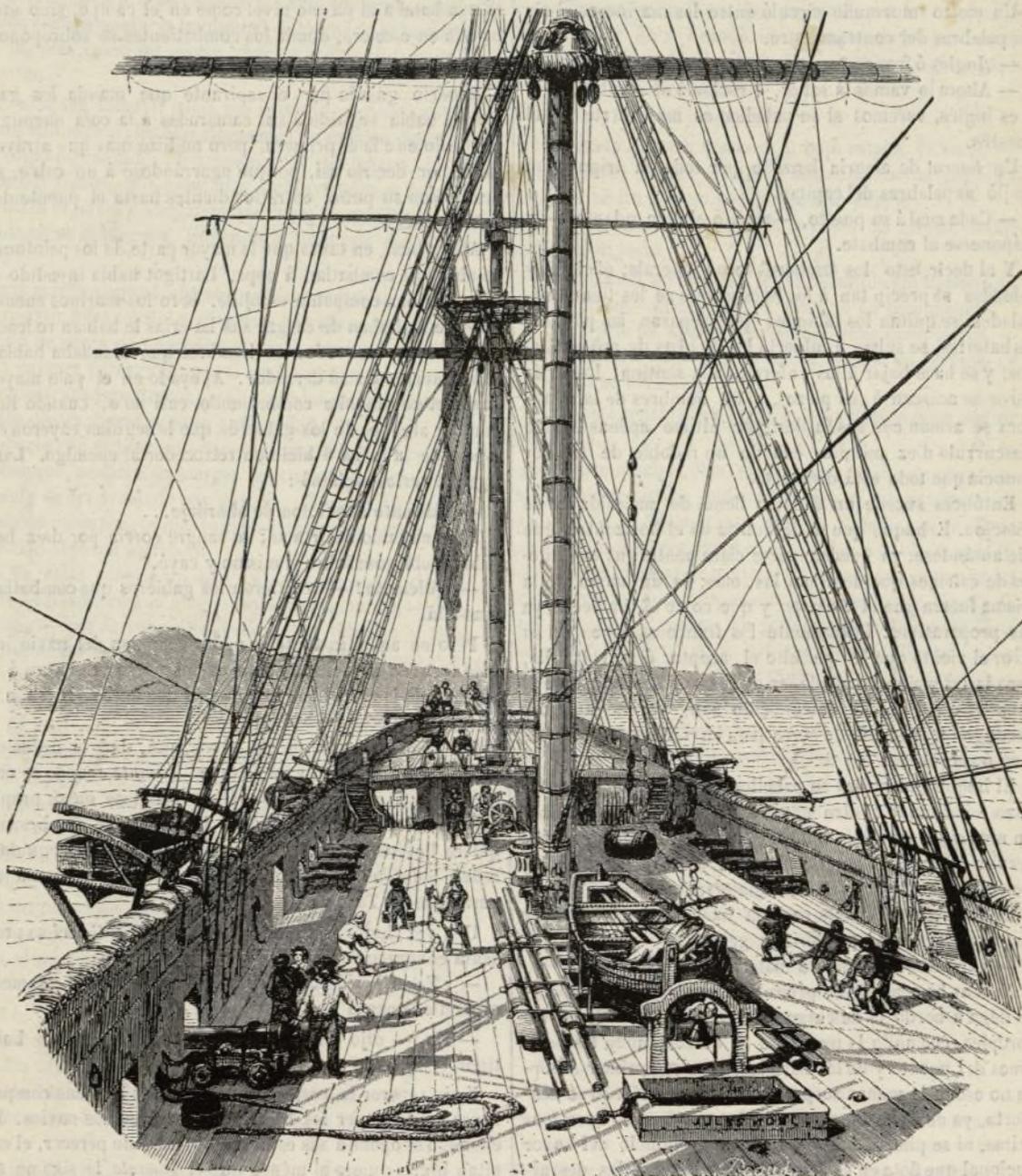
Y sin esperar la respuesta se precipita con sus compañeros para romper los lazos que unen á ambos navios. El enemigo se opone á sus esfuerzos; seguro de perecer, el capitán inglés quiere al ménos que el *Tonante* le siga en su naufragio. Una lucha encarnizada vuelve á comenzar en las vergas, en los obenques y á lo largo de las gavias; cada lazo roto cuesta muchísimas vidas: ya empiezan á salir las llamas por las baterías inglesas, casi penetrando hasta el *Tonante*; un solo arpeo le liga aun, uno solo que no han podido cortar veinte marineros; y dentro de algunos minutos ambos navios van á perecer presa de las llamas. Roberto comprende el peligro y se sacrifica; se arrastra á lo largo de la verga en medio de una lluvia de balas, llega al arpeo, se desliza por su cadena de hier-

ro, alcanza la cuerda, la corta y se queda colgado en el espacio.

Al verlo, un prolongado grito de terror y de admiración circula en el navio. *El Tonante* libre del lazo que le encadenaba, obedece á la caña del timon y se separa, pero todos los ojos permanecen clavados en Roberto que flota sobre el abismo : ¿ tendrá bastante fuerza para volver á subir

por la cadena y agarrarse á la verga? Sus brazos se bajan lentamente, se endereza un poco, sube de anillo en anillo, encuentra un cable suelto que coje al paso; ya llega á la cofa, ya se ha salvado!

Al poner el pié en el puente un horrible estallido inundaba al *Tonante* de escombros encendidos... era el navio inglés que acababa de saltar.



Popa de un navio de guerra.

Algunos dias despues se encontró la escuadra que se buscaba, y todos los buques se daban á la vela para Francia donde llegaron con felicidad. La conducta de Roberto le valió la cruz de honor y el título de contramaestre. En cuanto á Lartigot que le debia la vida, le trató desde en-

tónces como á hijo suyo, y algunos meses despues de su vuelta, *Cricri*, convidado á la boda del jóven cantaba un epitalamio náutico, composicion suya, en honor de su comandanta *Aglæ Chinchilla*.